



ROBIN HOOD
LA FUGA



En el bosque de Sherwood vivían dos ladrones. Uno se llamaba Robin Hood y el otro se llamaba el Pequeño Juan. No eran ladrones ordinarios ... ellos robaban a los ricos para dar a los pobres.

Todo comenzó cuando el buen Rey Ricardo partió a luchas en la guerra, y su codiciado hermano, el Príncipe Juan, tomó el poder. Lo único que le interesaba al príncipe Juan era hacerse más rico, así que le ordenó al Sheriff de Nottingham que recolectara la mayor cantidad de impuestos que pudiera.

La gente del reino se volvió pobre y tenía hambre. Robin Hood se dio cuenta de que había que hacer algo al respecto. Él sabía que el Rey Ricardo nunca habría permitido que su gente sufriera hambre. Entonces él y su amigo el pequeño Juan, empezaron a robar. El príncipe estaba decidido a capturar a Robin Hood. Pero Robin y el Pequeño Juan eran expertos en engañar al príncipe y al Sheriff. Sin importar cuantas trampas les pusieran, los bandidos siempre lograban escapar.

El príncipe Juan decidió que la única forma de vengarse de Robin Hood era recolectar más impuestos de los pobres. "¡Tripliquen los impuestos!", ordenó. "¡Expriman hasta la última gota de esos campesinos!".

El malvado Sheriff estaba feliz de seguir esas órdenes. Aquellos que no podían pagar eran enviados a prisión.

Muy pronto, parecía que todo el pueblo de Nottingham había sido encerrado en prisión: los búhos, los ratones, el gallo y todos los conejos. ¡Hasta el amigo de Robin, el Fraile Tuck, había sido capturado y sentenciado a muerte por traición!

Robin Hood y el pequeño Juan quedaron asombrados cuando se enteraron del destino del Fraile Tuck. "Una fuga hoy en la noche es la única oportunidad que tiene", dijo Robin.



“¿Fugarse de la prisión?” preguntó el Pequeño Juan. “No hay manera de entrar ahí!”
¡Tenemos que entrar, o el Fraile Tuck morirá al amanecer!”, le dijo Robin y comenzó a planear el osado rescate.

A mitad de la noche, Robin Hood y el Pequeño Juan subieron por la escalera y examinaron los patios del castillo. Cinco robustos rinocerontes y algunos buitres estaban cuidando la prisión. Unos lobos con arcos vigilaban muy cerca. Iba a ser un rescate difícil!

El Pequeño Juan se acercó a uno de los buitres, lo capturó y silenciosamente lo ató a un árbol cercano. Después, Robin se vistió con la ropa del buitre para poder caminar por el castillo sin levantar ninguna sospecha.

“ahora solo mira esta actuación”, le dijo Robin al pequeño Juan.

“Ten cuidado”, le advirtió su amigo.


Mientras el perezoso Sheriff roncaba, Robin le robó las llaves y se las dio al Pequeño Juan. “Tu libera al Fraile Tuck u a los demás”, susurró. “Yo iré por el tesoro real”.

Robin estaba decidido a recuperar el dinero que el príncipe Juan le había robado a toda la gente del reino.

El Pequeño Juan subió corriendo las escaleras de la prisión y comenzó a liberar a los prisioneros de los grilletes y las cadenas.

El Fraile tuck estaba feliz que casi no podía dominarse. “¡No puede ser!”, exclamó.
¡Shhh!”, dijo el Pequeño Juan. “Tenemos que salir de aquí”

Mientras tanto, Robin subió a la torre donde el Príncipe Juan dormía. Trepó por una cuerda y se asomó por la ventana. El Príncipe Juan estaba dormido ahí dentro, con una bolsa de dinero en cada mano. Sir Hiss, una serpiente que era el consejero del Príncipe, estaba dormido a sus pies. Por todo el cuarto había amontonadas muchas bolsas de dinero.



Robin Hood entró de puntillas al cuarto del príncipe. Silenciosamente colocó un sistema de poleas que iba hasta la ventana de la prisión, donde el Pequeño Juan y los prisioneros recién liberados estaban esperando. Robin ató las bolsas de dinero a la cuerda y el Pequeño Juan tiraba de la cuerda hacia ellos. Una por una las bolsas iban desapareciendo del cuarto.

Cuando Robin estaba punto de partir, se dio cuenta de que había otra bolsa junto al Príncipe Juan. La tomó, corrió hacia la ventana y se sujetó de la cuerda de la polea.

Sir Hiss se despertó justo cuando Robin salía del cuarto. La serpiente se aferró a una de las bolsas de dinero de la polea. después enrolló su cola en la pata del príncipe Juan. ¡Cuando la bolsa se movió, se llevó a Sir Hiss y al Príncipe- y la cama- con ella! Hiss y el Príncipe Juan fueron arrastrados hasta el otro lado del cuarto. ¡Blamm!.... la cama chocó contra el balcón.

El Príncipe se sujetó a la barandilla del balcón con todas sus fuerzas, gritando: "¡Aaaay!".

Robin aún estaba en la polea. "¡Guardias!", grito el Príncipe, "¡Mi oro!" los guardias lanzaron una nube de flechas, Robin se movía por la cuerda esquivando las flechas. Cuando el bandido llegó a la prisión, el príncipe cayó al suelo con un golpe seco. Aun así, ordeno a sus guardias fueran tras Robin.

El Pequeño Juan y los Prisioneros corrieron hacia el puente levadizo, cargando el oro del Príncipe, Mientras Robin los seguía muy cerca. Cuando las flechas empezaron a volar hacia ellos, Robin lanzó algunas flechas para defenderse. Entonces, algunos de los rinocerontes avanzaron hacia ellos. Por suerte el Pequeño Juan encontró una carreta llena de barriles. La vaciaron, y los barriles rodaron contra los guardias, derribándolos.



Los prisioneros cargaron la carreta con las bolsas de dinero y se subieron. Robin bajó el puente y el pequeño Juan y el fraile Tuck empujaron la carreta para cruzarlo: ¡Estaba a punto de salir del castillo!

Pero antes de que Robin pudiera alcanzarlos, un guardia cortó una cuerda y una reja gigante de metal bajó rápidamente frente a él. ¡Robin Hood estaba atrapado!

Robin les dijo a sus amigos que siguieran avanzando...el los alcanzaría más tarde

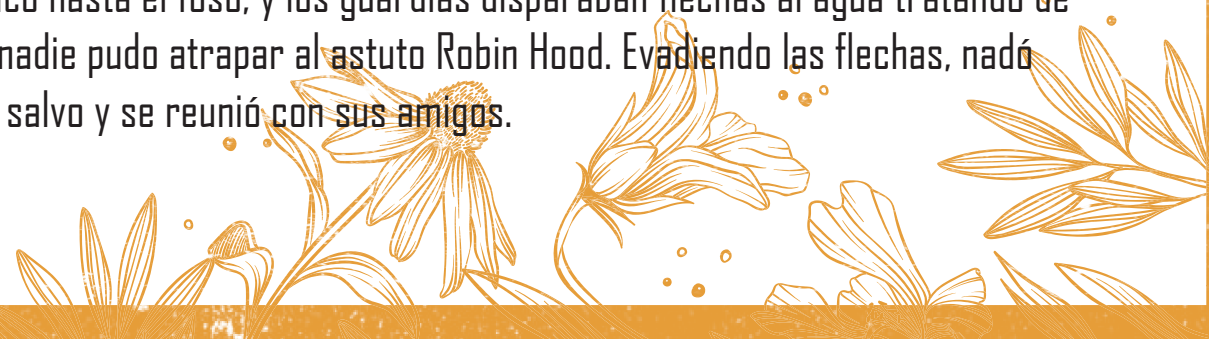
El Sheriff corrió hacia la reja. "ahora lo tenemos", se jactó frente a sus guardias rinocerontes.

Los guardias comenzaron a perseguirlo, pero Robin era muy rápido. Ágilmente trepó por la reja, agarró una cuerda y se columpió junto frente al Sheriff, empujándolo contra los guardias detrás de él. Después, se impulsó hacia la muralla del castillo y corrió sobre ella.

El Sheriff persiguió furioso a Robin hasta la torre del castillo.

Trato de golpearlo con una antorcha encendida, ¡pero en lugar de eso, quemó las cortinas, la alfombra! Robin trataba de defenderse, pero mientras el fuego invadía la habitación, se vio forzado a huir por las escaleras hasta el punto más alto de la torre. Muy pronto, el fuego subió por las escaleras y las llamas empezaron a quemar sus pies. Solo había una manera de salir: tendría que saltar.

Sin otra alternativa, Robin Hood subió valientemente a la ventana y trepó al techo de la torre. Sus amigos observaban nerviosos desde la orilla, esperando que Robin estuviera a salvo. El príncipe Juan ordenó a sus guardias disparar al bandido atrapado. Robin dio un salto heroico hasta el foso, y los guardias disparaban flechas al agua tratando de herirlo. Pero nadie pudo atrapar al astuto Robin Hood. Evadiendo las flechas, nadó hasta estar a salvo y se reunió con sus amigos.



¡La fuga había sido un éxito! La gente del reino estaba libre, y habían recuperado el dinero que con tanto trabajo habían ganado.

Al poco tiempo regresó el rey Ricardo y arregló todo, incluso declaró que Robin Hood ya no era un bandido.

Ahora estaba libre para otra aventura... ¡casarse con su amada Lady Marian!

En cuanto al Príncipe Juan... él y sus cómplices fueron sentenciados a trabajos forzados. Ahora, en lugar de estar separando pilas de dinero, estaban separando pilas de piedras. Robin Hood y el resto de la gente del pueblo no podían imaginar nada más adecuado para ellos.



